

## Galerías de Barcelona Inauguraciones recientes

## Senda expone pinturas conjuntas de Peter Halley y Yago Hortal

Me &amp; The Curiosity abre una muestra internacional de collage actual

JUAN BUFILL  
Barcelona

En la inusual exposición que comparan Peter Halley y Yago Hortal en Senda, esta galería saca un buen partido a su nuevo espacio de la calle Trafalgar, cercano al Palau de la Música. Es una especie de doble muestra individual donde las obras de ambos pintores dialogan de dos modos distintos. No sólo tres pinturas de gran formato de cada uno de ellos se confrontan en dos paredes opuestas de la misma sala –la más amplia de las que dispone la renovada galería Senda–, sino que, además, Halley y Hortal presentan cinco obras que han realizado en colaboración especialmente para esta muestra y por iniciativa del artista neoyorquino.

La colaboración entre distintos artistas en una misma obra es una práctica generalizada y habitual en la música, pero también –de un modo mucho menos evidente– en otras artes que suelen comportar autoría colectiva, como es el caso del cine y del cómic, donde el papel del guión es fundamental y tan decisivo como el de la realización o dirección. Sin embargo, es excepcional en el ámbito de las artes plásticas contemporáneas, que suele fomentar el gran ego y promover la gran firma individual. El veterano Halley y el joven Hortal han pintado en esta ocasión obras a dos o más manos, en una especie de jam-session a distancia, comunicándose por correo electrónico. No son los primeros en hacer algo así –no hace mucho Círculo del Arte presentó una jam-session de obra gráfica–, pero lo han realizado con sentido y éxito. Aunque se trata de obras únicas, son

impresiones digitales a partir de pinturas previas que se mezclaron en la pantalla del ordenador antes que en la impresión en papel.

Se puede pensar que la calidad de estas cinco piezas en colaboración no está a la altura de las excelentes pinturas neogeométricas de Peter Halley, pero lo cierto es que la intervención de Hortal renueva positivamente el repertorio impecable, pero ya previsible del pintor estadounidense que tanto éxito ha tenido con su reiterada fórmula neo-geo. La superposición, yuxtaposi-



Una de las obras en colaboración de Halley y Hortal

ción y mezcla de la rígida geometría minimalista del norteamericano y la exuberancia desordenada y maculadora del catalán significan una combinación de modos opuestos cuyo resultado adopta la forma de un baile bipolar de afirmaciones contradictorias: las líneas rectas se curvan y la rigidez cuadrículada recibe la visita manchadora de una gestualidad desbordada.

Eso sí: ambos artistas coinciden en su gusto por los colores fluorescentes, vivos y a veces tan chillones que inclu-

so algunas personas daltónicas podrían llegar a distinguirlos. Halley los modula mejor que su joven cómplice. *Galería Senda. Trafalgar, 32. Hasta el 23 de marzo.*

**Collages raros.** Dirigida por Carmen Cruañas, la galería nómada, intermitente, sin sede fija y con muchas sedes cambiantes llamada Me & The Curiosity suele organizar muestras interesantes y muy breves. Actualmente presenta una colectiva de collages llamada *International Weird Collage Show* de duración mayor (dos semanas). Esta vez el local es una nave industrial situada allí donde la ciudad de Barcelona ya ha empezado a perder su orden geométrico y urbanístico.

La exposición pretende ante todo y entre otras cosas no resultar aburrida, y lo consigue. El collage tiene una historia tan larga que es difícil encontrar innovaciones significativas y necesarias. Sin embargo, a finales del siglo anterior artistas como Sara Huete y Guillem Cifré –por citar dos sobresalientes– supieron renovar el collage, y la muestra de Me & The Curiosity incluye algunos ejemplos interesantes más recientes.

Destacaré el mínimo y eficaz collage psicocinematográfico de Gloria Vilches, una proyección introvertida llamada *Fogonazo*. También los collages geométricos a partir de tebeos de Tamar Cohen, y la serie *Heroes*, de Ashkan Honarvar, con amalgamas protagonizadas por vegetales, objetos y superhéroes como Spiderman o La Cosa (esa especie de Golem craquelado). *Me & The Curiosity. Espronceda, 326. Hasta el 12 de marzo.*●

Daniel  
Fernández

## Cupertino

Hace unos días almorzaba con el historiador Enric Ucelay-Da Cal y, por esos azares de la conversación, me vino a decir que si tenía que ponerse bajo la advocación de algún santo, sin duda elegía a san José de Cupertino, por aquello de que es patrón de cosmonautas y aviadores, más que por serlo de los estudiantes. Y es que, en efecto, el santo que tiene sin duda el récord absoluto de levitaciones y traslaciones de la Iglesia es, a gran distancia del resto del santoral, san José de Cupertino, que tuvo la capacidad de volar y hasta la de bilocación, como cuando a un tiempo permaneció en el convento y asistió a su madre moribunda. Y, dejando al margen las motivaciones del profesor Ucelay para elegir un patrón de tan frecuentes vuelos, me vino a la mente lo que cambian los tiempos, el mundo y sus referentes. Y no es que me pusiese yo a levitar, pero sí pensé que si hoy ve alguien, como usted, lector, el nombre de Cupertino al principio de una columna como esta, probablemente pensará antes en Apple y en alguno de sus aparatos que en el frailecillo volador. Diseñado en Cupertino, California, es algo que puede encontrarse en casi cualquier hogar de clase media, en alguno de los numerosos cachivaches con los que la marca de la manzana mordida nos ha cambiado la vida. Y como los pensamientos son como las cerezas, y por el rabo de uno se engancha y se viene otro, se me engarzaron varias historias juntas.

Intento explicarme: Giuseppe Maria Desa, san José de Cupertino, nació en Copertino, con o, en la Apulia italiana, en 1603. Un pueblo con castillo que estuvo bajo dominio del rey de Aragón en

Si alguien ve el nombre de Cupertino en una columna, pensará antes en Apple que en el frailecillo volador

su día y donde nuestro santo se hizo famoso a un tiempo por su piedad y sus cortas luces. Los franciscanos no lo admitieron en su convento e ingresó en la orden menor de los capuchinos, pero lo echaron por torpe y distraído al poco tiempo. Su madre consiguió que, al fin, lo admitiesen como fámulo los franciscanos. Y de ahí pasó a fraile y hasta logró ordenarse sacerdote, aunque su capacidad de estudio era nula y la Iglesia considera que aprobó los exámenes de milagro (por eso es patrón de los estudiantes e intercede por los que van poco preparados). Eso sí, se extasiaba y levitaba y volaba con suma facilidad. El embajador de España o el papa Urbano VI-II fueron testigos de sus vuelos de arrebatado místico. Hasta se dice que hizo volar con él a un inquisidor. En cualquier caso, fue un santo rápidamente aceptado y querido por los españoles, que transformaron en Cupertino su Copertino natal. Y que en California, en el valle de Santa Clara (hoy county), fundaron la pequeña localidad de Arroyo de San José de Cupertino, hoy Cupertino. Que todavía luce en su escudo un morrión, el típico casco de los tercios y los conquistadores españoles. Porque las raíces de nuestro mundo siempre son más antiguas y más hondas de lo que a menudo nos dicen nuestros buscadores de hoy...

## CRÍTICA DE ÓPERA

## Un joven Wagner... ¿y por qué no?

## Das Liebesverbot

**Intérpretes:** Leigh Melrose, Sonja Gornik, Peter Bronder, Mikheil Sheshaberidze, Martin Winkle, etcétera  
**Directores:** Francesc Prat (orquesta), Kasper Holten (escena)  
**Lugar y fecha:** Teatro Real. 4/III/2016

## JAUME RADIGALES

Quien se acerque a la segunda ópera de Richard Wagner con el espíritu de, por ejemplo, *Götterdämmerung*, puede salir decepcionado del teatro. Y es que los genios se han forjado a base de esfuerzo y de imitaciones de modelos precedentes. Y *Das Liebesverbot* (La prohibición de amar) es una obra (que no un pecado) de juventud de un Wagner que con 23 años escribía su segunda ópera y la primera

que estrenaba. Fue un fracaso y hoy es una auténtica rareza (en Peralada se presentó una versión reducida hace un par de años).

La ópera tiene varias virtudes, no tan sólo por ser una adaptación de *Measure for measure* de Shakespeare, sino por su música festiva, luminosa, a veces de estilo italiano y otras weberiano. Sea como sea, es una obra a la que tiene que dársele alguna oportunidad. Y si la propuesta viene de la mano de Kasper Holten, la fiesta está asegurada.

El director danés, que actualmente dirige los destinos del Covent Garden, ha estrenado en coproducción con el teatro londinense el espectáculo en el Real de Madrid, con doble reparto y, en el caso de la función que vimos, dirigida por Francesc Prat, que suplía al indisputado Ivor Bolton. Tanto las de Holten como la de Bolton/Prat son lecturas frescas, que

han ido al grano –se ha acertado mucho la partitura– para centrarse en el sentido carnavalesco, excesivo y marcadamente sexual de la obra, con un espléndido trabajo de dirección actuarial que caricaturiza las acciones de la comedia, y con resultados brillantes.

Musicalmente, el nivel ha sido homogéneo, pero con artistas que han brillado con luz propia, como la soprano Sonja Gornik en la piel de una Isabella de emisión potente y voz fresca. Excelente el Friedrich de Leigh Melrose, baritono de timbre lírico y muy metido en el papel de falso beato. Comicidad asegurada al servicio de Brighella (Martin Winkler) y de Luzio (Peter Bronder) y, quizás a más distancia, el Claudio irregular del tenor Mikheil Sheshaberidze. Presencia destacada también de cantantes muy nuestros como David Alegret, Francisco Vasy María Hinojosa. Un verdadero acierto.●